

CUBA: TRES DISQUISICIONES ETNOLÓGICAS*

MIGUEL BARNET

La población de Cuba fue integrándose por grupos que arribaron a sus playas en oleadas venidas de las otras islas vecinas y de las masas continentales americana, europea, africana y asiática. Cada contingente inmigratorio trajo, junto a los elementos de su cultura material, aquellos otros que formaban parte de su vida espiritual y, entre éstos, la diversidad de creencias religiosas que había ido desarrollándose en cada uno de esos núcleos humanos.

Encontraron los españoles, al producirse el descubrimiento de la Isla, dos pueblos con diferentes niveles culturales. Usando las denominaciones más generalizadas, llamamos **ciboneyes** a los de más antiguo asentamiento en la Isla y menor desarrollo cultural, y **taínos** a los que solamente llevaban unas décadas establecidos en la región oriental de la Isla.

De los ciboneyes, el grupo más arcaico del cual tenemos referencias históricas, poco sabemos de su cultura. De los taínos, en cambio, se ha podido conocer más, por la relación que dejó escrita Fray Ramón Pané sobre su religión.

En las primeras épocas de este siglo, hubo una corriente fantástica, delirante, que se llamó "del ciboneísmo" donde los plásticos, los escritores y sobre todo los poetas decimistas, cantaron a la presencia y esencia del ciboney que ya, pobrecito, no quedaban ni los restos siquiera de sus cenizas.

Desgraciadamente para la antropología y para la cultura cubanas, no nos quedan valores ricos de las culturas aborígenes. Nos queda una que otra herencia material, instrumentos de trabajo, de labranza; nos queda una que otra técnica, como la del cultivo de la yuca; la morfología de la vivienda típica — el bohío — y una variada toponimia con un repertorio de nombres de pueblos, de valles, de zonas y hasta

* Versión acortada de una charla dictada por el escritor cubano Miguel Barnet en el Instituto de Estudios Latinoamericanos de Estocolmo, el 4 de noviembre de 1981.

de calles de nombre taíno y ciboney. Esto sí nos queda. Pero cultura espiritual, cultura musical o danzaria o religiosa de los aborígenes, desapareció completamente en el siglo XVIII. La principal herencia cultural recibida en este orden de cosas por Cuba es, por eso, de origen español y africano.

Con los primeros españoles llegaron los primeros negros. Al principio vinieron de la propia España, ya supuestamente catolizados. Luego — cuando la urgencia de brazos para los trabajos agrícolas, especialmente para el cultivo de la caña de azúcar, hizo necesaria una mano de obra que no podía suplir la nación colonizadora — se trajeron directamente de Africa, en calidad de esclavos.

I. El mundo del azúcar: cuna de la cultura nacional

El azúcar unió a Cuba. La cultura que se generó en su ámbito conforma hoy la cultura nacional. El batey, coto cerrado, célula fundamental, contribuyó a la fusión integradora de todos los valores originarios de nuestro país. Ahí se fundieron las corrientes básicas de nuestro ser, como antes se habían encontrado las de origen africano en el barco negrero, en el barracón, en los cabildos y finalmente en el solar, donde se dan el abrazo definitorio todas las manifestaciones que componen nuestro acervo espiritual y material.

Las culturas africanas llegadas a Cuba en oleadas intermitentes se transformaron y crearon nuevas especies y categorías. Todo este proceso sincrético que se inicia en las costas africanas del Golfo de Guinea y de toda el Africa subsahariana, se desarrolló con mayor fuerza y complejidad en las tierras de América. Proceso de sincretismo que no cesa pues se da de una forma dinámica y permanente. Junto a los distintos grupos étnicos que llegaron de Africa, vinieron sus expresiones culturales, tanto artísticas como religiosas. Y todo ese conglomerado humano estaba orientado hacia los campos donde se cultivaba, principalmente, la caña de azúcar.

La pequeña célula del trapiche, que luego se convertiría en el gran complejo del ingenio, fue el asidero de estas masas humanas tan heterogéneas como complejas. En fusión con el hombre blanco español o criollo, las culturas africanas recibieron un impacto que las hizo variar; primero entre sí y luego entre los grupos blancos y ella. Este impacto hizo que se creara en nuestro país una forma nueva de cultura, donde el blanco recibía también su contagio.

El sistema de plantación contribuyó a esta integración y a este sincretismo. El ingenio fue el lugar donde esa gran hazaña volitiva, como gustaba decir Elías Entralgo, se desarrolló. El azúcar unió a Cuba y en el ingenio se encontraron por primera vez el hombre blanco y el negro. La primera noche de cohabitación entre una negra y un blanco — diría Entralgo — marcó un hito en nuestro país y es un día de meridiana luminosidad para la cultura del Caribe.

Gracias a esta unión se conjugan por primera vez dos factores que contribuirían al aporte definitivo en la conformación de la nacionalidad cubana. Esta unión, que se produce por primera vez al ritmo del trabajo azucarero, crea al hombre cubano en toda su complejidad y riqueza.

El mulato, esa nueva categoría individual de la sociedad, va a funcionar desde entonces como símbolo vivo de la fusión de dos razas: la blanca y la negra. Todo

comienza en esa gestación, en ese producto cultural y racial. La mezcla de los elementos, el intercambio y la miscegenación en el plano cultural surgen del primer encuentro entre esos dos mundos. El barracón azucarero cumple esta función integradora no desprovista de fricciones interraciales a la manera de una pequeña Torre de Babel. El batey, más tarde, sería con su estratificación social y política y sus características históricas el primer agente de aglutinación y simbiosis de la cultura española peninsular — atávica y feudal — y las del continente africano con sus rasgos tribales.

La ponencia número tres del Segundo Congreso de la Unión Nacional de Escritores y Artistas Cubanos (UNEAC) expone en clara síntesis:

“Cuba es ejemplo de **pueblo nuevo**, afroamericano o como dijera Fidel *latino-africano*. La nuestra es la zona que en torno al Caribe integra esa sociedad sustentada en el sistema de plantaciones con un rico aporte humano de procedencia africana que habrá de hacerse sentir de modo decisivo en nuestra vida toda”.

Paralelamente a la gestación de productos culturales propios y a la contribución de un perfil idiosincrático nacional, surge en este proceso un sentido de lo nacional e insular. Tierras llanas, extensas y sin cordilleras, o grandes ríos nutritivos aportaron al pase y al intercambio de elementos lingüísticos y culturales. Ese apoyo telúrico favorecido por una naturaleza noble y un clima que propicia la expansividad y la apertura, sirvieron de alimento esencial en el logro de ese peculiar sentido de lo nuestro. El español, contagiado por la cultura negra, termina asimilándola inconscientemente, aunque sea para desaprobársela y hasta para prohibirla. “Aquí el que más fino sea responde si llamo yo”.¹

Quizás por todo esto nuestro país es más homogéneo y nuestra nación más sólida y propiamente definida. Todo nuestro ser y nuestro quehacer estuvieron siempre dirigidos y lo están hacia la búsqueda de una síntesis histórica y social. En esa búsqueda han quedado elementos de poco valor y se han preservado otros de valor más raigal y permanente. Este toma y daca, esta transculturación, al decir de Fernando Ortíz, nos define como pueblo en una idiosincrasia integrada por factores de diversa procedencia.

El sistema de plantación en el cultivo de la caña de azúcar, sobre todo en la primera mitad del siglo XIX — en 1827 la población negra sobrepasaba la blanca — poniendo en contacto grupos étnicos de distinta procedencia, el blanco asalariado que laboraba en el ingenio como mayoral o contramayoral y los campesinos blancos que se relacionaban con los esclavos mediante el trueque de productos como la miel de abejas o el tasaño, propició la unión cultural de lo que sería más tarde el cuerpo social que nos identificaría como pueblo. Pero eso afirmó que el azúcar nos había unido.

En efecto, al convertirse Cuba en la azucarera del mundo y sustituir a Haití como primer productor de caña de azúcar, nuestro país consolidó una industria de monocultivo que logró, entre otras cosas, unir corrientes culturales cuyo resultado sociológico y político se define en un solo vocablo de profunda significación: Cuba.

¹ Nicolás Guillén, *La Canción del Bongó*.

La historia de Cuba está, pues, indisolublemente ligada a la de la industria azucarera. Es un triunfo cubano, contante y sonante, y una respuesta de nación frente a los conceptos arcaicos de feudo que preconizaban los españoles. El desarrollo de la industria azucarera, y de un medio de vida propiamente criollo, es un fenómeno insular, autóctono y revolucionario. Pero una revolución a medias, revolución para el blanco, no para el negro que vivía en condiciones infrahumanas, refugiado en su unio mística, en sus patrones religiosos utilizados como yelmos frente a la cruenta batalla de la lucha de clases.

“La tremenda contradicción de vender mercancías al mercado mundial y al mismo tiempo tener esclavos se reflejó trágicamente en su mundo ideológico (el del blanco sacarócrata); su posición vacilante, con un pie en el futuro burgués y el otro en el pasado esclavista, le llevaron al mismo tiempo a exigir las más altas conquistas burguesas, toda la superestructura que hace posible la libre producción y al mismo tiempo conservar las formas de producción esclavistas. Por eso cuando se apoderan del grito revolucionario de libertad lo castran con un apéndice inevitable: libertad para los hombres blancos. El azúcar, con su mano de obra esclava, hizo imposible el genuino concepto burgués de libertad en la Isla”.²

Esa contradictoria prerrogativa de ser un burgués con esclavos no le permite la plena expresión de las libertades que exigía su condición de criollo fundador de una nacionalidad. Solamente una nación a medias, manca y torva, podía gestarse con la participación de hombres sietemesinos como diría José Martí; hombres atados a una economía dependiente y a una ideología traumatizada por el cáncer de la esclavitud.

Marginados el negro y el mulato, la clase criolla blanca, de moral pacata, proyectaba la mentira de una nación unicéfala, se frustraba y se hundía. Todo se lo atribuye el blanco, hasta el logro de una economía boyante debida a la mano esclava. La propia abolición de la esclavitud resultaba un triunfo de los amos sacarócratas, cuando en verdad “la abolición devino realidad al ser impuesta por la acción revolucionaria popular y no de las calenturientas cabezas de los hacendados criollos”, como bien escribiera Raúl Cepero Bonilla.

Conciencias taladas por una flagrante contradicción, pretendían elevar a categoría de nación a un régimen monocultor y esclavista. La moral esclavista primero y luego la colonial se impusieron por más de cinco siglos en nuestra isla. Y así ; qué tipo de nación se iba a crear! ; La nación que tuvimos hasta que Fidel Castro se decidió a abordar el yate Granma!

Con la Guerra de Independencia se unieron los negros y los blancos, los chinos y los mulatos y todos en un sólo abrazo efímero, para anunciar lo que sólo más tarde, con el triunfo rotundo de la revolución socialista, sería la verdadera nación cubana, liberada de prejuicios raciales y en el camino de la eliminación radical de la lucha de clases.

El hombre blanco sin verdaderas raíces culturales y el hombre negro intrauterino, harían realidad el sueño de Martí de que el cubano era más que blanco, más que negro, en su *liason* sexual.

² Manuel Moreno Fraginals, *El Ingenio*.

El hombre blanco, hijo de los conquistadores, heredero de una España ya decadente, mística y renacentista y en la mayoría de los casos taurino fugitivo de las leyes o sacerdote castigado de dudosa fe y más dudosa moralidad, venía en afán de codicia. Pero el negro era capturado y esclavizado a la fuerza, dominado mas no domesticado como escribiera Fanon, traía su cultura compacta, su cosmogonía arraigada a mitos salvadores, a su filosofía religiosa que le proporcionaba la seguridad que no poseía el blanco, aferrado primero al oro y más tarde a la máquina productora de azúcar.

Estas dos corrientes, cada una en su peculiar proyección cultural, formaron, en traumatizada simbiosis, lo cubano. El blanco no venía para permanecer sino para enriquecerse; pero el negro, sin embargo, obligado por el látigo y la sujeción más vil, añoraba su tierra y quería encontrar en la nueva sus sustitutivos materiales y espirituales.

El negro, pues, más arraigado a su cultura protectora, que le servía como mecanismo de resistencia y defensa, y el blanco criollo sustentando el poder y creciendo sin raíces en un desmedido anhelo de enriquecerse en la sobrevida.

El blanco dominaba la técnica y la economía. Lo dominaba todo. El negro por su parte, refugiado en sus mitos y sus dioses, dominaba la mística. Pero producía bienes con sus brazos y su sangre. "Con sangre se hace azúcar". Y como producía bienes materiales y espirituales producía cultura. Una cultura que era síntesis y expresión colectivizada de una clase: la de los explotados. Leyes generales y filosofía hallamos en el mundo del negro. El mundo del blanco no ofrece sino contradicciones y una obsesionante inclinación hacia afuera; primero hacia la Meca europea y luego hacia la Meca yanqui.

Ambos mundos dependientes, ambas miradas colonizadas. El mundo del negro fluctuaba entre el barracón y el monte. Vida íntima de trabajo, vida compartida de ritual. El negro era una pieza más. No contaba en el juego de las clases ni en las jerarquías. El blanco, sin embargo, quería hacerse tecnólogo, aspiraba a poseer la máquina. Aspiraba a ser el amo burgués, se traumatizaba en esa vocación exacerbada. El blanco, entonces, se desdoblaba, se hacía frágil, dependiente, quedaba sometido a una economía que lo absorbía y lo dominaba. Vivía una vida a la deriva, sin propósito, escamoteada por intereses que superaban sus ambiciones y que no podía comprender. Era un producto inacabado, una máscara, una contradicción.

El negro en su hieratismo religioso y en su condición de pieza de una maquinaria extraña para él, se sumergía en su mundo de valores, evocaba al Africa durante las tareas cotidianas del campo o se alzaba cimarrón en el monte que le era familiar y en cuyo ámbito hallaba las resonancias de su tierra lejana. Las mismas divinidades ancestrales de las selvas del Grand Bassam habitaban en los montes cubanos. Al menos, el negro las encontraba allí.

El aporte a la cultura cubana del africano, cuya génesis está en el trapiche azucarero, poseía una fuerte dosis de rebelión frente al medio opresivo. Toda la cultura que el africano proyecta en Cuba es defensiva. Por eso es tan duradera y homogénea, pese a variantes y matices señalados ya por los etnógrafos. En las expresiones musicales, danzarias y poéticas, conservadas hasta hoy subyace este fermento. La actividad cultural del africano es por naturaleza revolucionaria, es un método de liberación interior y una vía para la búsqueda de la seguridad. Oración, epifanía, conjuro,

danza, todo está encaminado a encontrar la salvación. El cimarrón en su huída al monte buscaba su tierra natal. El palenque reconstruyó la vida en la aldea; con palos de guayacán y piedras construyeron fortalezas infranqueables, todo motivado por la necesidad de liberarse. Las cadenas de la esclavitud condenaron las piernas de los esclavos, ataron su brazos, pero no pudieron amordazar su espíritu. Como señala José A. Portuondo, a Anselmo Suárez y Romero le cabe el mérito de haber sido el que más agudamente advirtiera en su tiempo la riqueza poética escondida en las canciones folklóricas de negros y campesinos, el tesoro latente en el folklore cubano de danzas y tradiciones, de cantares de la tierra y de ritmos trasplantados de Africa. Romero escribe cosas como ésta:

“El tambor para los negros de nación y para los criollos que con ellos se crían, los enajena, les arrebató el alma: en oyéndolo paréceles que están en el cielo. Pero hay tonadas que no varían porque fueron compuestas allá en Africa y vinieron con los negros de nación. Lo singular es que jamás se olvidan: vienen pequeñuelos, corren años y años, envejecen y luego, cuando sólo sirven de guardianes, las entonan solitarios, en un bohío lleno de ceniza y calentándose con la fogata que arde delante; se acuerdan de su patria aun próximos a descender al sepulcro”.

No sin razón señalaba Juan Marinello que el negro estaba tan enraizado a la tierra cubana, encontraba aquí un refugio tal, que lo convertía en el equivalente del indígena autóctono de América.

Desde los comienzos el negro, por su condición de esclavo, de simple tuerca, tuvo que identificarse telúricamente con la naturaleza insular. En esta identificación se hizo fuerte, se arraigó, aun cuando empleara para la elaboración de su sincretismo los patrones africanos en primer término. El proceso de integración del negro a la Isla fue siempre creador en todo sentido. Al buscar los elementos sustitutivos bajo una apremiante fuerza evolutiva estaba creando, comparando, asociando, poniendo en práctica su inventiva. Así substituyó el cuero del antílope por el del chivo, adoró a la ceiba y a la palma en vez de al baobab, utilizó en vez de la nuez de cola simples coquitos o granos de maíz, suplió el yefá — polvillo mágico del colmillo del elefante — por simple polvo de yuca o de ñame.

Frente a la endeble instrucción del cristianismo impartida en los ingenios durante el siglo XIX, frente a la imposición de divinidades desconocidas para él, el negro respondió con sus modelos, substituyó, estableció equivalencias exactas o aproximadas, supo partir de conceptos similares, relacionó atributos, asoció colores, símbolos. Recibió el contagio de la cultura occidental, se permeó, asumió el lenguaje, la cruz; aprendió mecánicamente las normas de conducta nuevas, pero preservó heroicamente sus conceptos de familia, sus alimentos, sus dioses.

Cuando el blanco responde con la razón o la fuerza, el negro responde con la magia, que es su razón de emergencia. Cuenta C. L. R. James que un esclavo iba cargado de papas que había hurtado de una siembra y fue descubierto por el mayoral. Este le pide una explicación y el negro contesta que no son papas lo que lleva, que son piedras que le ha puesto el diablo para castigarlo. El mayoral le tira de la camisa y las papas caen rodando al suelo. Su respuesta, es su lenguaje más puro, defensivo e ingenuo.

Muy poco pudo el cristianismo español influir en el negro. La campana del ingenio

llamando a las tareas implacables del día tuvo mucho mayor significación que la de la capilla; aquélla era resonante y cruel, ésta era sorda y hueca.

Por mucho que los sacarócratas quisieran justificar la esclavitud con sus adoctrinamientos religiosos, dándole al ingenio un cierto aire de templo salvador, como diría Moreno Fraguinals, aquella misión fue inútil. Ni los misioneros eran convincentes ni los catequizados eran devotos. La cultura que surgió en el mundo del ingenio fue una defensa ante la penetración absurda e incongruente de un cristianismo que el negro no podía asimilar automáticamente por razones de profunda idiosincrasia. La Iglesia cedía, el esclavo no. Por el contrario, se hacía más solidario con sus hermanos de nación y aquella comunión que había surgido en el barco negrero, aquel *shipmate* de que hablara Orlando Patterson, cobraba nuevos y fértiles bríos.

De esta unidad y de su consecuente resultado, al transculturarse con el mundo del obrero blanco asalariado o del campesino agricultor, surge la cultura popular tradicional de nuestro país.

Y como decíamos al principio, el barracón primero, luego el cabildo y el batey y más tarde esa unidad celular que es el solar urbano, actúan como congeladores de lo más valioso del acervo africano y de su encuentro con la psicología del hombre blanco de clase media y del obrero simple.

La caña de azúcar, el sistema de plantación, avivó la fluencia de nuestra cultura y llevó las expresiones más populares hacia un cauce definitivo y nacional. El azúcar, en resumen, nos conformó. Fue el origen de todo nuestro ser, la casa donde se gestó nuestra personalidad. Pensamos en dependencia del azúcar y por lo tanto somos un producto de ella. El azúcar se lo tragó todo, se tragó al café, se tragó al tabaco, se tragó los bosques. Finalmente intentó tragarse al hombre cubano.

De este triturador proceso económico y fisiológico sólo se salvó aquél que no dependió de su poderío. Se salvó el que tomó conciencia de su condición de explotado, se salvó el hombre revolucionario que venció la enajenación y se opuso al despotismo. Se salvó, en el siglo XIX el esclavo con su mundo propio, independiente. Con su óptica profundamente permeada por una cosmogonía que le permitía salvaguardar la individualidad. Una máquina rudimentaria cuya primera toma de conciencia fue la cimarronería y cuyo grado de realización supremo fue el mambisaje. Esa épica de nuestra nación constituye la sustancia de toda creación poética. El cubano sin dejar de ser él mismo puede ser otro, puede transformarse en su imagen. He ahí una condición irreductible heredada de nuestro pasado histórico. Símbolo de esa épica, atributo imprescindible del cimarrón y arma típica del mambí, heredada de la plantación azucarera, es el machete.

El machete, símbolo de la libertad, es el instrumento de defensa nacional. "Con un machete me basta para echar todas las batallas que vengan", repetía Esteban Montejo, protagonista del libro *Biografía de un Cimarrón* y héroe de cien años de lucha. El machete es un grito, el grito que sale de la economía del azúcar para liberar al país del yugo colonial y es asumido por todo un pueblo en acción unánime.

El pasado esclavista hirió al pueblo cubano dejándole una huella en cuyo fondo radica y se funda nuestro afán de libertad. Por eso ha acometido con osadía la revelación de la condición humana en la revolución socialista. Religión y poesía, experiencia individual y experiencia social, todo tuvo su origen en el ámbito del

azúcar. ¿Qué producto de la cultura popular tradicional no surge de ahí? Lo más valioso de nuestras músicas y nuestros bailes. ¿No bailaban el maní, la yuca, el garabato, la macuta, los bailes de Ocha, la caringa y el zapateo en los bateyes azucareros? Lo mejor de nuestra rumba-columbia y yambú ¿no brota en la zona de mayor auge azucarero, en la llanura de Colón? Nuestra fabulística, nuestra mitología, nuestra más preciada literatura oral ¿no hacen constante alusión a la caña de azúcar, a su habitat? El danzón y el son ¿no provienen de zonas ricas en azúcar, donde el sistema de plantación fue víscera de la economía? Las más conocidas guarachas de nuestro teatro bufo ¿no se refieren en algún momento a la vida del ingenio, al amo, al mayoral, al contramayoral, al esclavo? ¿No surgió la prensa cubana impelida por las transacciones comerciales azucareras? ¿Nuestra novelística, nuestro género ligero, nuestra poesía? ¿Qué bien dijo Cintio Vitier en el poema *La Zafra*, que en su aroma iba toda la carga de tragedia del pueblo cubano! y Nicolás Guillén ¿no expresó todo el drama de nuestra pseudo-república en la *Elegía a Jesús Menéndez*? Las expresiones más cultas aluden de manera directa y constante al mundo del ingenio. De la misma manera que ocurre en Venezuela con el petróleo o en Costa Rica con el banano, el eje de nuestra cultura es la caña de azúcar.

Todo nuestro léxico está preñado de términos que evidencian este influjo. Desde las múltiples connotaciones que poseen los términos caña, azúcar o zafra hasta la *lingua franca* que hablaba el bozalón, especie de jerigonza afro-española que influyó notablemente en el español coloquial de toda la Isla.

El caudal de la lengua africana celosamente guardado en las libretas que poseían los sacerdotes de los diferentes cultos, estimuló la supervivencia de las lenguas y los dialectos provenientes del continente africano. Muchas de estas libretas eran viejos libros de contabilidad de los ingenios o libretas escolares o de oficina.

Este lenguaje rico en vida orgánica filológica está siendo estudiado en nuestro país por lingüistas y gramáticos. Porque no es un lenguaje caprichoso, invención de un mago, sino un serio producto histórico que nos toca interpretar y analizar. Porque en sus fórmulas, en su contenido, está la fundamentación de todo nuestro ser.

Nuestras historias más remotas, nuestros mitos, nuestras fábulas, son más que cuerpos aislados, expresión de nuestro destino.

Cristobal Colón, al referirse a Cuba, dijo: "Isla de aires muy dulces" y "de hablar dulce", al aludir a los aborígenes que la habitaban. Con ese calificativo, de implicaciones sensoriales, parecía vaticinar lo que más tarde sería esencia de nuestra economía y de nuestra vida. El Almirante no sospechó su condición de profeta.

II. Sincretismo de los cultos populares

La religión — entre las varias que trajeron los negros africanos — que más influencia ha ejercido en nuestro pueblo es el culto de los **orisha**, originado en la cultura **yoruba** de Nigeria. Esta es igualmente la religión africana que ha influido con más fuerza en el Brasil, donde ha alcanzado un desarrollo muy similar al de Cuba, sincretizándose en ambos casos con la religión católica.

Esta influencia ha tratado de explicarse por la convergencia de varios factores: la

gran cantidad de esclavos yoruba traídos por la Trata; el mayor nivel de desarrollo religioso alcanzado por esta cultura; el que su religión hubiese incorporado en la propia Africa elementos de las religiones de otros pueblos vecinos; y el que el nivel de los yoruba tendiera a convertirlos en esclavos urbanos, lo cual facilitaba la organización del culto.

Hay un aspecto de la religión del pueblo yoruba (entre nosotros llamado **lucumí**) que consideramos conveniente destacar para explicarnos su difusión entre grandes núcleos de la población cubana que no tiene un origen nigeriano, y su persistencia hasta nuestros días, ya extinguidos sus naturales portadores, los negros yoruba. Este aspecto es la identidad que fue posible establecer entre el **orisha** y el **santo** católico.

Digamos, antes de pasar adelante, que los yoruba tenían el concepto de un Creador, que podía equipararse en este aspecto con el Dios de los católicos. **Olofin, Olodumare, Olorum, Oduduwa, Oluwa** son varios nombres, entre otros, que designan este Creador. Todos estos nombres son conocidos por los creyentes en Cuba, pero habitualmente emplean el de **Olofi**.

Este Creador, luego de su fatigosa tarea de construir el Universo partiendo de la Nada, estaba cansado y otorgó todos los poderes que permiten dirigir las fuerzas de la naturaleza e intervenir en la vida de los hombres a distintos **orisha**. Por ello entre los yoruba y los que continuaron sus creencias religiosas en Cuba o en el Brasil, no hay un verdadero culto a este principio generatriz de toda su existencia, mientras se ha creado un prolijo ritual dedicado a sus agentes, los **orisha**, que son los depositarios y usufructuarios de sus poderes.

En Nigeria, su lugar de origen, estos **orisha**, que al principio eran idealizaciones de fuerzas naturales que provocaban determinados accidentes geográficos como el nacimiento y curso de un río, producían la furia de un rayo o del viento, o intervenían para propiciar una cosecha abundante o escasa, fueron desarrollándose hacia formas cada vez más humanizadas, llegando a identificarse con figuras supuestamente históricas, como **Shangó**, tercer o cuarto **oba** (rey) de Oyó, que se confunde después de su muerte con la deidad que poseía el poder de producir los rayos.

Estas deidades humanizadas, que se relacionan entre sí y con los hombres mismos, manifestando sus deseos, sus querellas, sus virtudes y sus enconos en actitudes francamente humanas, no estaban muy alejadas de aquellos hombres casi deificados por los creyentes católicos, que en la imaginería aparecían con los atributos de su vida terrena, a veces con sus herramientas de trabajo o con las armas con que habían decapitado infieles o vencido algún mítico dragón. Las leyendas agiográficas los presentaban luchando contra otros o contra sí mismos, vencedores unas veces y otras derrotados, gozando de la abundancia o sufriendo humillación, a veces fortalecidos en su fe y otras flaqueándoles. Pero, además, estos "santos" católicos eran intercesores ante Dios, muy especializados en ocasiones, a quienes estaba especialmente encomendada una fuerza de la naturaleza, la prosperidad de los que ejercían determinado oficio o alguna específica actividad social.

Al igual que la Conquista también la esclavitud de los negros de América hubo de sustentarse en un falso principio ético. Este fue el de salvarlos de su paganismo, enseñándoles los principios de la "verdadera religión", es decir, el cristianismo. Sus

dueños estaban obligados por la legislación vigente a someterlos a un proceso de catequización que debería culminar en el bautizo, considerándose al neófito desde ese momento como un nuevo cristiano. Esta obligación era generalmente cumplida en su aspecto formal, reducido a darle al negro, que apenas conocía el idioma español, algunas apresuradas lecciones de catecismo y el nuevo nombre en la ceremonia bautismal. En el proceso de catequización y en el ejercicio de la leve práctica religiosa posterior, el negro iba conociendo los santos católicos. Y comenzó a encontrar semejanzas entre aquellos seres que dirigían el rayo o el curso de las aguas, que portaban arco y flecha o el hacha del leñador, que eran guerreros o curaban determinadas dolencias, con aquellos **orisha** que tenían las mismas cualidades y cargaban idénticos elementos materiales.

Se llega así a la identidad **orisha**-santo. Si no era difícil establecer la identidad entre Olofi, el Creador cansado, que había delegado sus poderes en los **orisha**, con el Dios católico, omnipotente en el concepto, pero que en la práctica facilitaba la acción de innumerables intercesores, igualmente podía establecerse semejanza entre Shangó, rey de Oyó, guerrero, dueño del rayo, siempre representado con sus armas, con Santa Bárbara de Bitinia, señora de sus tierras (hija de un señor feudal), guerrera (patrona de los artilleros), protectora contra el rayo, representada con atributos casi reales (manto y corona) y siempre con su espada en la diestra. Es de considerar que en sus comienzos esta identidad se realizó con la finalidad de proteger el culto prohibido de los **orisha** y que aún hoy el predominio del **orisha** sobre el santo es muy evidente. Actualmente el culto resultante de este sincretismo sigue desarrollándose con la persistencia de numerosos elementos típicamente africanos. Veamos algunos ejemplos.

El proceso de iniciación es muy complejo, incluye la reclusión en la casa-templo durante varios días, dar un nombre ritual al iniciado y vestir ropas especiales, observándose además determinados tabús, durante el término de un año.

Se practican distintas formas de adivinación, mediante las cuales se expresan las deidades y no sólo se señala todo el desarrollo de su vida religiosa, sino que aconsejan determinadas resoluciones a tomar en la vida cotidiana del consultante.

Existe el fenómeno de la posesión mediante el cual la deidad desplaza la personalidad del creyente, lo que le permite intervenir directamente en el ritual, recibiendo honores, repartiendo gracias, aconsejando, regañando, exigiendo.

Es yoruba el lenguaje de los rezos, fórmulas rituales y cánticos; de igual origen son los instrumentos musicales, la música y la danza que se practican.

La deidad se "incorpora" mediante el ritual a un objeto, que generalmente está constituido por una o varias piedras, colocadas dentro de un recipiente de material y decoración adecuados, que es entregado al iniciado.

Las deidades "comen", para lo cual hay que realizar sacrificios de distintos animales según la deidad de que se trate.

A cada deidad se le atribuyen ciertas yerbas y árboles, determinados colores, números y materiales, todo lo cual hay que tener en cuenta para confeccionar los objetos del culto.

Esta enumeración, muy incompleta, muestra la enorme influencia africana que se

mantiene vigente en este culto. Paralelamente podemos encontrar una serie de elementos tomados del catolicismo.

En primer término, a la resultante de la identidad **orisha**-santo católico, se la denomina en el lenguaje corriente “el santo”. Esto ha dado lugar a que al culto se le conozca como “**santería**” y a sus practicantes como “**santero**” y “**santera**”.

Todo creyente, aunque haya pasado por el proceso de iniciación tan marcadamente africano y recibido la deidad en piedra, la tendrá representada en su casa por su imagen católica en una escultura de yeso o en una litografía y muchas veces la colgará al cuello en una medalla de metal.

El día señalado para cada santo en el santoral católico es observado por la persona que ha recibido la deidad. Así determinadas fechas son marcadamente conmemoradas con fiestas y rituales que, en la mayoría de los casos, se apartan de las formas oficiales de la Iglesia. Estas fiestas pueden incluir un toque de los tambores litúrgicos llamados **batá** o de los güiros llamados **abwes** — ambos de origen yoruba —, danzas, ofrendas de comidas a los “santos” y banquetes rituales.

Pudiera entenderse que estas celebraciones, inicialmente realizadas en la festividad católica como una forma de encubrir el culto africano, ahora se celebran en esas fechas por haberse perdido el conocimiento de la oportunidad de su celebración africana. Pero otros elementos insertados dentro de la santería nos indican que la amalgama con el catolicismo se ha realizado profundamente.

Ningún núcleo debidamente organizado de la santería otorgaría el derecho a iniciarse a un creyente que no estuviese previamente bautizado por la Iglesia y una visita a un templo católico debe considerarse parte del proceso de iniciación. El culto a los muertos, que se desarrolla con un complejo ritual en el caso de un santero fallecido, incluye una misa de difuntos en una iglesia.

Organizado el culto de la santería, se ha producido una constante incorporación de elementos de otras religiones africanas, además de servir hasta cierto punto de patrón o de punto de comparación con los otros cultos en su desarrollo sincrético. El proceso de incorporación comenzó, sin duda, en Africa. Los yoruba incorporaron elementos religiosos de otros pueblos, en especial de sus vecinos de Dahomey. En Cuba, donde funcionó con gran fuerza en el pasado siglo el culto que denominamos **arará**, de origen dahomeyano, nos encontramos con una continuación de ese proceso de integración.

De una parte las deidades **vodún**, similares a los **orisha**, concurrieron a integrar un sincretismo con el santo católico, en la misma forma que hemos descrito anteriormente. De otra parte, se acentuó la asimilación comenzada en Africa, en algunos casos sustituyendo las deidades propias por las que se tomaban de la otra religión.

Así nos encontramos con casos muy significativos. Por ejemplo, **Babalú-Ayé**, reconocido por los santeros como de origen dahomeyano, se sincretiza con San Lázaro y será la deidad invocada siempre para la enfermedad de la piel. Mientras tanto **Shapakna**, que realiza esta misma función entre los yoruba de Nigeria, es totalmente desconocido por los practicantes de la santería. El carácter dahomeyano de Babalú-Ayé está presente en el culto por diversos aspectos. Así, si una persona que ha recibido la deidad dentro del ritual santero quiere fortalecer su relación con la

misma, deberá recibirla también dentro del rito arará, en una casa-templo de ese grupo. Puede ocurrir que ambos rituales se desarrollen en la misma casa, por las mismas personas, lo cual ayuda a avanzar el proceso de sincretización.

En Cuba se practican otras formas religiosas, muy cargadas de magia, que se originan en el culto de la **nganga**, procedente de zonas habitadas por pueblos de habla bantú. El punto focal de este culto en Cuba, del cual existen varias sectas diferenciadas por el ritual, es igualmente la **nganga**. Pero sus practicantes (entre nosotros denominados “congos”) además de este complejo de fuerzas mágicas, tienen un grupo de deidades, aunque no tan caracterizadas como los **orisha** o **vodún**.

Estas deidades se han sincretizado también con santos católicos, sirviéndoles generalmente de modelo para establecer la comparación el **orisha** nigeriano, conocido a través de la santería.

Así, **Siete Rayos**, a quien se atribuye la propiedad de dominar estas descargas eléctricas, se sincretiza con Santa Bárbara, porque los creyentes establecieron previamente su semejanza con Shangó. Las deidades marinas **Madre d'Agua** o **Siete Sayas** se identifican con la Virgen de Regla, pero esta equiparación se establece a través del **orisha Yemayá**. Los ejemplos pueden multiplicarse. Cuando pedimos a un informante “congo” que nos describa una deidad, su descripción coincidirá con el de algún orisha conocido: si le llamamos la atención sobre ello lo reconocerá y dirá que se trata de la misma entidad.

Otro grupo de fuerte persistencia africana es una sociedad secreta de hombres solos, probablemente la única de su tipo que sobrevive en América, llamada entre nosotros **abakuá** o **ñañigos**, y que presenta igualmente un desarrollo sincrético. Actualmente es una sociedad de ayuda mutua con un ritual marcadamente africano, que incluye lenguaje, música y danza de este origen, junto con elementos católicos, en el aspecto religioso, único que estamos considerando.

Veremos un ejemplo: tienen una deidad marina que denominan **Okandé**, sincretizada con la Virgen de Regla. En la mente del iniciado abakúa no se deja de tener presente el sincretismo anterior con Yamayá y posiblemente con Madre d'Agua o Siete Sayas. Así, frecuentemente nos encontramos en la casa-templo abakúa la imagen de yeso católica con los atributos del **orisha** y es probable que el día que le corresponde en el santorial católico (8 de septiembre) se le ofrezca un toque de batá en lugar de usar los instrumentos musicales propios de los ñañigos.

De procedencia europea o norteamericana, sin el origen africano de los grupos que hemos venido reseñando, existen en Cuba otros cuerpos de creencias. Entre ellos están los denominados “espiritistas”, agrupados en varias sectas que a los efectos de este trabajo dividiremos en dos grupos que los comprende a todos: **espiritistas de mesa**, distribuidos en la región occidental de la Isla y **espiritistas de cordón**, más extendidos en las provincias de Oriente y Camagüey.

En el espiritismo de mesa — que así denominamos a uno o más mediums junto a una mesa que los separa de los asistentes — algunas sectas pretenden rechazar toda idea religiosa, o por lo menos cualquier relación con alguna religión establecida. En la mayoría de los casos, sin embargo, son frecuentes las invocaciones a Dios, el uso de la cruz y de las imágenes católicas, las oraciones del Padre Nuestro, el Credo y la Salve, en ocasiones modificadas para introducir en ellas la invocación de los espíritus.

Por otra parte, es frecuente que mediante la posesión de los mediums “espíritus africanos”, se realicen prácticas relacionadas con religiones de este origen habituales en Cuba, aunque a veces muy desvirtuadas por el desconocimiento que tienen los practicantes espiritistas del verdadero ritual africano. Igualmente pueden ocurrir apariciones de “espíritus indios”, pero en este caso, al desconocerse las formas de expresión de los aborígenes cubanos, se injertan al rito elementos tomados de la versión popularizada por la literatura y el cine de los “pieles rojas” norteamericanos.

En el espiritismo de cordón — que llamamos así por su característico cordón de mediums marchando unos tras otros mientras cantan — la situación es diferente. Nacida esta práctica en la provincia de Oriente, en zonas donde eran poco practicadas las formas religiosas de origen africano, tienen un fuerte rechazo a las mismas. Generalmente utilizan elementos del catolicismo como las cruces, oraciones e imágenes.

Esta situación de rechazo a las creencias de origen africano, que no concuerda con la tendencia general de los cultos populares, parece quebrarse en la medida que los grupos cordoneros se alejan de sus zonas de origen. Así, van apareciendo cada vez con mayor frecuencia en las zonas periféricas casos de espiritismo *crusao*, es decir, cruzado, producto de un cruce, denominación creada por el pueblo para designar cultos donde los ingredientes están aún poco fusionados, sin haber dado paso a formas sincréticas más elaboradas, como es el caso de la santería.

Fredrika Bremmer y Fernando Ortíz

Los novelistas fueron nuestros primeros relatores de la vida y costumbres del pueblo cubano. Los novelistas del siglo XIX, los *costumbristas*. Es sabido que en América Latina, no sólo en Cuba, se desarrolló con una gran fuerza este estilo, esta tendencia costumbrista, que venía, desde luego, de la herencia española con Larra en España y se desarrolló mucho en nuestra América. Cuba fue un modelo muy bueno, muy interesante, de costumbristas.

Si vemos estos artículos de costumbres, estas crónicas, vemos que eran hombres que aunque no contaban con una técnica de estudio, de investigación de las ciencias sociales, tenían una perspicacia, una penetración, un ojo y un oído para la vida y las costumbres del hombre cubano, realmente extraordinarios. Entre ellos, Cirilo Villaverde, Anselmo Suárez de Romero y otros tantos, estudiaron la vida, las costumbres del pueblo cubano, la religión y, sobre todo, la esclavitud.

También estuvo la rica corriente de los viajeros que llegaban a Cuba, tanto desde Holanda como de los Estados Unidos o de Alemania. Entre ellos se cuentan algunos realmente magistrales, como R. Dana y H. Maden; y artistas plásticos como S. Hassaard, del sur de Estados Unidos, que llegó a Cuba e hizo un libro en dos tomos sobre la vida cubana, donde recogió tipos humanos, costumbres, bebidas y comidas. Fue un verdadero folklorista, un verdadero factógrafo.

Pero, sin que esto lo haga yo por cumplimentar aquí a Suecia, es justo que diga que probablemente el libro de viajes más importante que se escribió sobre Cuba y específicamente sobre la esclavitud, lo escribió la sueca Fredrika Bremmer. Este

libro se publicó el año pasado ³, por primera vez, en Cuba. Fue entregado aquí a nuestro anterior embajador. *Cartas desde Cuba* es un libro magistral, un modelo de libro de viaje, pues Fredrika Bremmer no sólo describe la flora y la fauna, la naturaleza cubana, con una belleza extraordinaria, sino que, además, se mete de lleno en la vida de la esclavitud, entra en los barracones de los esclavos. A veces era acompañada por la señora que la invita, la anfitriona, la dueña del ingenio. Ella deja a la anfitriona en la puerta del barracón y entra y se comunica con los esclavos que le cuentan todas las tragedias de sus vidas.

Ella hace una descripción de los orígenes étnicos de los esclavos realmente importante, pues hasta ese entonces — no había etnógrafos en esa época — nadie había establecido un sistema clasificatorio de los distintos orígenes étnicos de los esclavos en Cuba. Fue Fredrika Bremmer la que, por primera vez, estableció la diferencia entre un esclavo congo y un yoruba y utilizó el término *lucumí* que era un término un poco arbitrario utilizado por los tratantes para nombrar a los esclavos nigerianos, ya que *Lucumí* era uno de los pequeños villorrios en Nigeria desde donde salía la mayor parte de los esclavos para América. Y como los tratantes no eran etnógrafos, utilizaban esta palabra, “*lucumí*”, que se enraizó en Cuba, y hoy, cuando hablamos de la *santería* que es esta religión fusión de elementos católicos y yorubas, decimos “la religión *lucumí*”. Es decir que fue un término sellado.

Fredrika hizo este trabajo en su brillante libro y es pionera en el estudio de la cultura y de las costumbres de Cuba durante la esclavitud.

No es hasta comienzos de este siglo que surge la figura magnífica, gigante de Fernando Ortiz, que es nuestro último humanista y gran sabio y cuyo centenario se conmemora, justamente, en 1981. El Instituto del Libro está publicando toda su obra en Cuba, que son aproximadamente 27 tomos, empezando con el libro *Los Negros Brujos* publicado en Madrid en 1906. En este libro, don Fernando Ortiz hace una descripción de la vida de los pobres, de la “mala vida”, siguiendo las pautas que marcó para la antropología de la época y para el positivismo la criminología creada por Enrico Ferri y César Lombroso, que fueron los modelos que siguió don Fernando en esa época. Junto con el escritor cubano Miguel de Carrión, un escritor de costumbres, novelista muy prominente, se dedicaron a estudiar la vida de los negros y la vida de los ex-esclavos y de la población cubana.

Estos son los dos primeros atisbos de entrar en las costumbres del pueblo cubano y el primer libro que, realmente, hace aportes etnográficos a nuestro país.

Sigue, a través de todo el curso de este siglo, la obra de don Fernando Ortiz sentando la pauta y abriendo brechas por donde caminará la revalorización de los cultos africanos y, sobre todo, el tratar de establecer un sistema clasificatorio de los distintos grupos étnicos que llegaron a Cuba, así como estudiar sus danzas y su música. Es conocido que dentro de esta obra hay una que es de particular importancia para nuestra etnografía americana: los cinco tomos de *Los Instrumentos de la Música Africana en Cuba*, donde no sólo estudia los instrumentos africanos llevados a Cuba o reconstruidos en Cuba por los esclavos — adaptando maderas, adaptando distintos tipos de cuero que no los tenían en Cuba y tenían que sustituirlos, como el cuero de elefante por el del chivo —, sino además los instrumentos musicales creados

³ 1980, (N. de la R.)

en Cuba, siguiendo los patrones morfológicos de instrumentos africanos, como los bongoes, las claves y algunos instrumentos típicamente autóctonos de Cuba.

Hace, también, un estudio muy importante sobre la esclavitud. Es el estudio más serio que existe en América después de la obra de don José A. Sacro y don Gilberto Freire, que se llama *Los Negros Esclavos*. Don Fernando sienta cátedra y abre camino. Pero no tiene apoyo oficial. Trabaja solo en su gabinete, con gran denuedo, por la revalorización de las culturas africanas y son muy pocas las personas que, realmente, lo acompañan en esta tarea. Sin embargo, podemos mencionar algunos nombres como Rómulo Lachatañere y Lidia Cabrera, que siguen las pautas de don Fernando Ortíz y hacen estudios sobre las culturas africanas en Cuba y sobre la cultura nacional. Porque don Fernando Ortíz no sólo estudia el aporte del africano en Cuba, sino que escribe ensayos sobre la psicología del cubano y entra también en el terreno de la sociología.

Yo creo que durante toda la República — los 50 años que van desde 1902 — los estudios de etnología y de folklore en Cuba están marcados por la impronta de don Fernando Ortíz, dejada en su obra; con sus deficiencias, sus debilidades, pero que es una obra realmente insuperable, aunque presente altibajos, pues don Fernando pasa del positivismo a una aproximación funcionalista y después vuelve al positivismo y luego se acerca al estructuralismo y da marcha atrás. En fin, es un hombre ecléctico, un hombre que no tiene una metodología propia y que, sin embargo, hace un trabajo importante porque es el primero que recoge en monografías la realidad social y la realidad etnológica de Cuba.

Es con el triunfo de la Revolución que comienzan a crearse instituciones que estudian esta cultura. Se crean el Instituto de Etnología y Folklore, el Conjunto Folklórico Nacional y también grupos de aficionados, de investigadores científicos aficionados a las ciencias sociales, a la etnología, al folklore. Se hacen seminarios y dentro del movimiento de aficionados se detectan los focos folklóricos más ricos del país y en cada uno de esos focos se crea un grupo danzario o musical que sea la expresión idónea de estos focos.

Quiere decir que quien vaya a Cuba y recorra la Isla podrá encontrar en cada zona del país uno de estos focos folklóricos, con un grupo que lo expresa, que proyecta la cultura típica regional.

Esto está creado por la Revolución y, lamentablemente, una figura como don Fernando Ortíz nació en 1881; que si hubiera nacido en 1940 estaría trabajando intensamente con el apoyo oficial y, seguramente, su obra hubiera tenido no solamente una orientación más clara, más precisa, sino también, un apoyo total.

Hoy, por primera vez en nuestro país, el pueblo logra su identidad nacional y enarbola con orgullo el producto que como resultado histórico se creó en los campos de caña de la esclavitud y de la pseudo-república.

Es posible que no sepamos bien todavía qué somos. No creo que eso importe demasiado. Lo que sí es importante porque trasciende todas las dudas, es que lo que somos nos pertenece. Lo nuestro, por vez primera, es nuestro de veras. Eramos naturaleza y ya somos historia. El azúcar nos unió para esclavizarnos y ahora nos une de nuevo en la liberación. Aquél que llegó amordazado de las costas de su tierra de origen, al que le pusieron las cadenas, contribuyó a que nos

quitáramos el yugo de la dependencia cultural y política en increíble paradoja. Nos salvamos de ser consecuencia de un régimen semi-feudal en franca decadencia, es decir, españoles puros, para ser cubanos. Dejamos de ser blancos para ser mulatos. "Todo mezclado", como dijera Nicolás Guillén, en las borbotantes calderas del ingenio azucarero.